PREGÓN DE FIESTAS
1997

Juan Luis y Soledad Jiménez Muñoz
(Presuntos Implicados)

Hermanos, nacidos en París de padres yeclanos. Vuelven a Yecla y en su etapa de estudiantes en Valencia forman el grupo musical "Presuntos Implicados", uno de los referentes en el panorama musical español actual.

Queridos yeclanos:

Si el Pregón de nuestras fiestas es “que una voz yeclana diga en público lo que siente” -como dijo en uno de los primeros don Miguel Ortuño- aquí van nuestros sentimientos. Pero antes, usemos nuestras voces para proclamar que ya es día cinco de diciembre, que de nuevo es tiempo de hacer honor a la Virgen, de oír los arcabuces, de oler la pólvora, de renacer una vez más a nuestra tradición... y a nuestra Fiesta.

Pero no sería digno comenzar, sin antes expresar nuestra gratitud. Gratitud a los que contaron en esta ocasión con nosotros, a los que han dado la oportunidad, de que una nueva generación se deje oír en este acto, y ocupemos así durante unos instantes, el lugar que antes perteneció, a algunos de los que fueron nuestros maestros, y a ilustres personas que llenas de merecimiento y sabiduría, derramaron el cariño de sus palabras en honor a nuestra Patrona, a nuestras Fiestas, a nuestra Historia, o a nuestro pueblo.

Por todo ello gracias.

Soledad y yo nacimos en París, ciudad que acogió a nuestros padres en su emigración tras la larga posguerra. Fueron años difíciles que nuestra generación no conoció, pero que nuestros difuntos abuelos Juan, Josefa, Luis, María, nunca lograron olvidar del todo.

Los recuerdos de nuestra infancia, están siempre aderezados de un extraño sentimiento de provisionalidad. Sabíamos que no pertenecíamos a la tierra que nos vio nacer. Nuestros padres, Rufino y Soledad, a menudo nos hablaron de Yecla, de la vida en el “Pueblo”, de la vida en los campos en los que habían crecido, de nuestra familia, tíos y primos que deseábamos conocer, de lo extremado de su clima, con calurosos veranos y fríos inviernos, tanto lo hicieron que por más que pensábamos en francés, nuestros pensamientos eran siempre... “yeclanos”.

Yecla se convirtió así en una suerte de “Tierra Prometida” que había florecido en nuestro interior, antes incluso de conocerla. Ya sabíamos de la Sierra Salinas, de Torre Blanca, de la Iglesia Vieja, del Parque, del Cerro del Castillo, de la Hoya Torres... etc., sitios y lugares que nuestros padres parecían añorar y necesitaban mantener encendidos en la llama de su memoria, para que tal vez así prendiera en la nuestra.

Eran retales del pasado que formaban parte de aquel presente, y entre los que no faltaba una descolorida “Estampica de la Virgen del Castillo”. Todo aquello, parecía darles fuerza, para seguir abriéndose camino en una ciudad extraña, pero que a su manera les acogió como a otros muchos, dándoles un hogar, un trabajo digno y escuela para sus hijos. Pero con el tiempo fue venciendo el deseo de regresar. Lo que al principio fue añoranza se tornó lentamente en profunda tristeza, sin más posibilidad de cura que la vuelta a Yecla. Tal vez este, sea uno de los signos del... “Yeclano Ausente”.

Así fue como a primeros de mayo del 67, cuando los Beatles grababan sus mejores canciones y en París empezaba a fraguarse lo que un año después sería su última revolución, nuestra familia al fin volvía al “Pueblo”.

Mi primer recuerdo se instaló en los Altos de Caudete, cuando tras el largo viaje, al fin apareció Yecla. ¡Qué impresión me causó la cúpula blanquiazul de la Iglesia Nueva! Qué bella destacaba en medio del pueblo, abrigada por las casas que la rodeaban y que hasta entonces la habían “respetado”.

Ante nuestros ojos se extendía un pueblo grande y soleado, de largas y rectas calles, con casas encaladas bajo centenarios tejados, flanqueadas por moreras cuya sombra en verano pronto aprendí a agradecer. Un pueblo, como más adelante pude entender, de ondas y arraigadas tradiciones.

Algunas de sus calles, especialmente las de la parte alta, las que se abrazaban al Cerro del Castillo, aún no habían sido asfaltadas, y Sole y yo tuvimos la suerte de ir a parar a la de San Cristóbal, justo enfrente de su fiorma. Esto nos proporcionó grandes oportunidades para descubrir nuevos juegos; como hacer “Parás” con el agua después de las tormentas, jugar a “Fitolé”, deslizarnos por el “Esfaraó”, o disfrutar del ambiente y los farolillos en las fiestas del Patrono, o de las hogueras en la de San Juan.

Muy a menudo subíamos a la Ermita del Castillo a visitar a la Virgen. Allí aprendimos a rezar, a escuchar el silencio, allí creíamos ver la cara del hijo de Dios postrado en su lecho de muerte, y el hermoso rostro de la Purísima instalada en un terrenal trozo, de lo que parecía ser “el Cielo”. Recuerdo como me gustaba el intenso aroma de la cera, y como agradecía que mi madre me diera algunas “pesetillas” para encender unas velas. Algún tiempo después, alguien colocó un artilugio eléctrico, y el cielo... perdió su perfume.

Sin apenas ser conscientes de ello, en muy pocos años los carros fueron sustituidos por coches, y las casas que durante siglos habían dado forma a Yecla y a otros muchos pueblos de esta zona de España, fueron derribadas en una especie de epidemia arquitectónica, y en su lugar aparecieron edificios que cercaron a nuestras iglesias, y al Parque y que apenas dejan entrar la luz en algunas de nuestras milenarias calles. Ya podíamos presumir de ser un pueblo moderno. Sin dar tiempo a la reflexión, “el progreso” nos había llegado.

Tal vez nunca pudimos ser conscientes, de hasta que punto estábamos cambiando la faz de nuestra Historia, la cara de nuestro Pueblo. Y os he de confesar que me alegro de haber tenido la oportunidad de conocer la Yecla que vieron mis abuelos y los abuelos de mis abuelos. Aunque me entristece pensar, que cambió para siempre y ya no podrá verla mi hijo, ni los suyos, y siento algo de rabia cuando veo que esto no ha ocurrido así en otros sitios.

Este es uno de los motivos, por el que las Fiestas de la Virgen, y toda nuestra cultura y devoción Mariana son, a mi juicio, tan importantes. Siento como nos pertenecen, y como se mantienen constantes, fuertemente asidas y arraigadas a nuestra Historia, en un estado casi puro, llenas de esa hermosa sobriedad, que tan poderosamente llama la atención de aquel que no es yeclano, y por tanto las desconoce, no las entiende, no las vive. Me gusta que apenas se hallan dejado seducir por el carácter lúdico, que ha ido transformando casi todas nuestras fiestas, en estériles días de vacaciones, o en absurdas borracheras colectivas.

Tal vez esta sea la razón por la que a pesar de llevar viviendo casi veinte años en Valencia, siempre trato de estar presente para ver el rostro de la Virgen, Nuestra Señora, "más moreno que nunca", avanzando lentamente por el atrio de la Basílica, rodeada por su Pueblo y por el estruendoso recibimiento de las "Arcas Cerrás", contemplando con su dulce imagen, el impávido esfuerzo del Mayordomo de la Bandera, viendo como su gente se arremolina para recibirla una vez más. A veces, la emoción es tanta, que flota como el humo, y se diría que casi casi puede... tocarse.

Y es que en un mundo cada vez menos diverso, en el que los pueblos van perdiendo día a día su idiosincrasia, en el que las culturas se van pareciendo más y más, nuestras Fiestas de la Virgen son tal vez lo único realmente genuino que nos queda. Se han ido convirtiendo en el vínculo, que con más fuerza nos une a nuestro pasado como Pueblo, y a las generaciones que nos antecedieron, esas que fueron conformando nuestra cultura, las mismas que nos legaron nuestra manera de hablar, nuestra forma de ser, y hasta nuestra sangre.

Esa emoción que antes mencionaba, se tornó en orgullo en 1989, año en que mi tío José Muñoz Carpena, tuvo el honor de ser Mayordomo de la Bandera. Recuerdo a toda mi familia como una piña, caminando justo delante de la Virgen, la gente se agolpaba alrededor nuestro, Pepe ondeaba una y otra vez la Bandera, podíamos sentir el esfuerzo en su rostro y con él, nos esforzábamos todos, veíamos como el sudor asomaba a su frente y con él, sudábamos todos, parecía que la Purísima le daba fuerzas a él para seguir, y a nosotros para contenernos y no saltar a ayudarlo. Pepe sonreía, y sabía que aquel año con él y con su hija Inmaculada, todos nos sentimos un poco Mayordomos y un poco Pajes, todos fuimos portadores de la Bandera y nos arreglamos para la Virgen. Creo que fue entonces cuando mejor comprendimos la belleza, y el significado de nuestra Fiesta, y la onda devoción que sentimos por la Virgen, por la Purísima.

Como yeclanos, somos portadores de un legado, que a través del tiempo va pasando de padres a hijos. Es muy grato, ver el auge que nuestra fiesta mariana ha ido tomando en los últimos años, puede que sustentada en parte, por el desarrollo económico de Yecla, y en parte por el continuo esfuerzo y el cariño de aquellos que se encuentran en la Asociación de Mayordomos, en la Corte de Honor, en las escuadras de Arcabuceros, en las parroquias, en los distintos Ayuntamientos e instituciones.

Es tan esperanzador, ver como los más jóvenes se van sumando a esta nuestra herencia, como crece con ello el número de arcabuceros año tras año, con que naturalidad se acepta la figura mística de la Purísima, en la vida de las nuevas generaciones, y como estas se apropian de Ella, y la hacen suya.

Se podría decir que nuestro Pueblo, que nuestra querida Yecla, es presa de un antiguo y hermoso hechizo, fruto del cual el Amor, la Fe y la Devoción a la Inmaculada Concepción, a nuestra Virgen es de alguna manera... "dulcemente contagioso".

Juan Luis Giménez Muñoz.

Si me permitís, quisiera deshojar aquí mis emociones para con este pueblo, estas fiestas y sus gentes, en un discurso íntimo y personal, un poco atrevido quizás, sin lugar a dudas diferente, pues, con vuestro permiso, quisiera que este pregón fuera una sencilla carta de una hija a su madre. Reconozco que me empujó el corazón a hacerlo así, tal vez porque una madre da sentido a nuestro encuentro, a nuestras Fiestas. Yo, humildemente en la mía, deposito todo mi amor a este pueblo.

Querida mamá:

Otra vez me encuentro lejos de casa y con ganas de verte. Como siempre, el trabajo se une a la distancia, para alejarme de lo que más quiero y necesito: mi familia.

Aquí sola, pienso mucho en todos vosotros, en papá, en José, en Thomas, en tí... en mis "amores", sobretodo en Alba, mi pequeña, ya con cuatro años... al verla, vienen a mi memoria aquellos días en los que yo tenía la misma edad, como imágenes de un sueño: ¿Recuerdas que fue por entonces cuando por fin nos volvimos al pueblo? ¡Que revuelo, que alegría, que contentos estábamos todos, los que más Juan Luis y yo! Ahora se, que para vosotros fueron días de esperanza, de reencuentro con vuestra verdadera vida, y para mí, días de comienzos de la mía. Así es como lo veo hoy, pues en mis recuerdos París apenas es nada.

Creo que papá y tú, no sabéis lo agradecida que os estoy por haberme traído aquí, a Yecla, a mi pueblo, para que en él creciese, brotando de mis raíces, dándole forma a mi vida, llenándola de sentido, de esencia, haciéndola hermosa; pues tuve la suerte de criarme en sus calles empinadas, entre zagalicos jugando a las tabas; con su acento y su lenguaje, que tantas veces me delata, y su carácter que yo llamo, cariñosamente "de secano", que nos distingue allá donde vamos.

Me disteis así un lugar de donde ser, al que pertenecer, lleno de tesoros que hicieron, primero de mi infancia, un tiempo de felicidad que me acompañará el resto de mi vida, pues no se pueden olvidar esas tardes de

verano con las mujeres sentadas a la fresca y los críos correteando, el “pan vino y azúcar”, las golondrinas, la cal, los carros, las faldas de la abuela, las risas con papá, tus brazos..., tantas cosas y tanto bueno, ¿quién lo podría olvidar?. Después, este pueblo me enseñó a crecer, a llorar, a cantar, a querer, y me dio amigos, ilusiones, desengaños que hicieron de mi tierna juventud una época de intenso aprendizaje que me ha servido para ser lo poco o mucho que ahora soy. Por eso, cada vez que regreso al pueblo, a pesar de que ahora se ve y es todo tan distinto, vienen a mí esos juegos, esas risas, esos momentos que me dicen que soy de aquí, que esta es mi casa, que he vuelto.

Y volver sabes que vuelvo siempre que puedo, aunque a ti y a mí nos parezca poco, de sobra sabes que con tanto trabajo, más veces no puedo.

Sé que te consuela ver que a las fiestas casi siempre volvemos, y te confieso que me gusta hacerlo sobretodo por la nena, pues quisiera que, de alguna manera, este también fuera su pueblo y que cuando crezca recuerde, como yo, las cabalgatas de san Isidro vestida de huertana, o la semana Santa huyendo del diablo, y que el olor a pólvora se le meta en la piel y en las entrañas, y que cuando lo perciba sea para ella como un perfume que entremezcla la alegría con añoranzas y recuerdos.

¡Cuánto se me nota que las Fiestas de la Virgen son mis preferidas!, ¿verdad?. Son tan emocionantes, tan sobrias y distintas; al menos a mí me lo parecen, y siempre que he contado algo de ellas a gente de fuera, se sorprenden y creo que no llegan a entender bien en qué consisten. Claro que ¿cómo se explica que unos señores vayan vestidos de frac en pleno día, desfilando por las calles y pegando arcabuzazos?!!. Todo se aclara cuando cuentas someramente la historia de tan peculiares festejos y se nombra a la Patrona, entonces todos comprenden el compromiso que los yeclanos hemos adquirido con nuestra Señora, la Virgen de la Inmaculada Concepción, y las formas pasan a ser meros ingredientes que adornan y visten nuestras fiestas.

Lo que nunca se alcanza a describir con palabras, es la emoción que se respira en Yecla cada alborada, de cada siete de diciembre, año tras año, cuando el estruendo se apodera de las calles, y cada trueno es el anuncio

de una nueva Bajada, de unas nuevas Fiestas, de un nuevo regreso de nuestra Madre a casa.

Ese día, no hay yeclano ausente o presente que no sienta algo en su interior. O bien pena por no estar ahí compartiendo frío, tiros, vino y gachasmigas, o tristeza por no poder subir al Castillo, a ver salir a la Virgen de su ermita. O quizás sienta una profunda alegría por saberse elegido para contemplar el pequeño rostro de nuestra Patrona, un año más, avanzando solemne por las calles de nuestra ciudad, sintiéndola cercana, próxima, casi humana. Y también agradecido de poder hacer lo que otros ya no pueden, pues se marcharon definitivamente: ver a la Purísima feliz y dichosa de sentirse tan querida por su gente.

Creo que sabes en quienes estoy pensando ahora ¿no?. Sí, en tus padres, en los únicos abuelos que conocí, y a los que yo, usando dos palabras sueltas que me quedaron del francés, llamaba Pepé y Memé. En estas Fiestas, ¡cuánto me acuerdo de ellos!. A ella la veo en el atrio de la iglesia, en medio de la gente, entre triste y sonriente, observando gozosa la llegada de su “Virgencica”, como ella le decía. A él, lo recuerdo de “cargaor”, con la cara y las manos tiznadas de pólvora, disfrutando, a su modo, del momento, y como tantos otros anónimos miembros del festejo, cumpliendo una labor imprescindible.

Ellos eran, como muchos yeclanos, gente sencilla, que tuvieron la gran dicha de ver a su hijo pequeño, distinguido con el mayor honor que pueden dar estas Fiestas: el de ser Mayordomo de la Bandera Purísima Concepción. No se me olvidan sus caras de alegría en aquellos días,... ¡Qué recuerdos!. Aquellas Fiestas fueron como un regalo para toda la familia, por las muchas satisfacciones que nos dieron.

Recuerdo que, al vivir tan de cerca los festejos, comprendí y sentí, más nunca, el fervor, la concordia, el entusiasmo, la devoción, el tesón y la gran unión que traen las Fiestas a este pueblo; Fiestas que vienen a hacer realidad la promesa que nuestros antepasados le hicieron a nuestra Patrona, y que son en definitiva, el mejor presente que los yeclanos podemos hacerle a

nuestra historia.

Desde entonces, es más grande el respeto que siento por todos los que trabajan por y para esta celebración, pues conozco mejor su gran labor y su gran esfuerzo; gente que se funde en un mismo empeño, persiguiendo un mismo fin, y que para ello trabaja con ahínco todo el año, en labores de mayor o menor categoría, desde el más vistoso como el de las bordadoras de los vestidos de los pajes, al más humilde como el del ser “cargaor” de cada “tiraor”; desde el de más responsabilidad, dirigiendo tanto procesiones como escuadras, al más delicado de vestir a la Virgen, desde el más “dulce” de hacer “libricos” hasta el más duro, el de rodar la bandera; cada uno con su recompensa y también, con su sudor. Algunos se realizan en poco tiempo, otros, como el de acompañar a la Purísima noche y día en su santuario, duran mucho, muchos años, quizás, hasta toda una vida. ¡¡Parece que te estuviera contando algo que no supieras!!, como si no lo conocieses todo tu mejor que yo, pues no solo lo has vivido más veces, sino que has sido tu la que me ha contagiado la devoción que tengo por estas Fiestas, descubriéndome aspectos y detalles de ella que de otra manera, nunca hubiera sabido.

Al igual hiciste con la figura de nuestra Virgen, que entró en mi vida gracias a ti, pues me enseñaste a recorrer los caminos que hasta Ella llegan, tanto el que sube a la ermita y es solo de piedra como el que se adentra en el alma, el camino del corazón. Por el primero me recuerdo de tu mano, brincando por los “ahorros” o simplemente paseando, yendo juntas a visitar a la Purísima en su soledad, a su retiro en lo alto del cerro del Castillo. Por el segundo, sigo andando, guiado por la luz que Ella me brinda. Y siempre Su presencia me acompaña, donde quiera que voy, y su nombre es, para mí, refugio, consuelo y esperanza.

Presiento que estos sentimientos me arraigan más a esta tierra, me unen más a esta gente, pues me siento por ellos comprendida, y cómplice, con todos ellos, de esta fe.

No se por qué te cuento hoy todo esto, posiblemente sea por la proximidad de las Fiestas, o tal vez porque, a veces, siento la necesidad de

hacer una reflexión sobre mi vida, saber de donde vengo, a donde pertenezco, donde estoy. Quizá sean demasiados los viajes, o que pesa demasiado el tiempo que hace que dejé de vivir allí, con vosotros. Creo que a esto le llaman añoranza, ¿no?. Pero no te preocupes por mí, estoy bien, y me siento muy afortunada de tener tantos y tan buenos recuerdos, de sentirme yeclana y de vivir con fe. Y, sobretodo, dichosa de poder volver y de teneos, de sentíos tan cerca de mí.

*Dile a papa que le quiero, y a ti, ya sabes que también.
¡Hasta muy pronto!. Besos.*

Sole

Soledad Giménez Muñoz.